

Tú la llevas

MIGUEL BARRERAS ALCONCHEL

MIGUEL BARRERAS ALCONCHEL

Nacido en Zaragoza en 1960, es licenciado en Ciencias Exactas y profesor de matemáticas en Valderobres (Teruel). En su labor de divulgación de las matemáticas ha obtenido dos premios en el concurso internacional Ciencia en Acción. Ha publicado algunos libros de matemáticas y una novela, *¿Y los cielos chinos?* También ha ganado algunos premios de relatos, como el Premio Internacional Julio Cortázar, y resultado finalista de otros como el Hucha de Oro. En 2008 obtuvo un accésit en los Premios del Tren.

Tú la llevas

I

El destino quiso que mi existencia laxa y rutinaria coincidiera en tiempo y espacio con la de aquel obseso. Enfermo y peligroso: Vicent. No olvidaré su nombre, aun solo por maldecirlo. Aquel perturbado me contagió sin remedio. Maldito sea.

Todavía no me explico cómo ese tipo acabó trabajando en la cadena de una fábrica de papel. Quizás para conocerme a mí.

Hacía cuatros años que el neurótico Vicent había acabado sus estudios de Filosofía. Sin embargo dedicaba todo su tiempo libre a lecturas no exactamente metafísicas: Laplace, Peirce, Bernouilli, Fisher, Galton, Borel, Kolmogoroff. Los grandes pensadores de la Teoría de la Probabilidad. “La Ciencia Determinista no existe, y Ella lo sabe”, le gustaba bromear de vez en cuando, y sonreía enseñando sus dientes amarillos, pequeños y afilados.

En un turno de noche la cadena se paró. Él solía trabajar a mi derecha. Nunca habíamos hablado antes. Aparte

del ruido infernal, no hubiera tenido nada que decir a ese mequetrefe calvo que parecía un selenita. Con gesto beatífico, casi baboso, mirada ida, calva reluciente, exclamó:

—¡Es casi increíble! ¡Se han parado las cuatro! —y su voz era la de la Virgen María en un “hágase en mí según Tu Palabra”—.

Me pareció de mala educación no contestar al imbécil:

—Sí. Hoy estamos de suerte (ahí empezó mi perdición, además, había mencionado en presencia del maníaco la palabra *suerte*).

—¿Suerte dices? Mira, compañero. La suministradora UNO suele estropearse una vez al mes (tenía razón, era la más vieja de las cuatro). La DOS y la TRES, una vez cada dos meses, más o menos, lo tengo comprobado (yo también lo tenía comprobado). Pero la nueva solo ha fallado una vez en estos seis últimos meses.

Efectivamente, de vez en cuando las suministradoras de papel se averiaban, pero en menos de una hora volvían a escupir pliegos y más pliegos de papel, toneladas laminadas de papilla de árbol. Además, la empresa se curaba en salud: cuando una fallaba, aceleraba las otras. Problema resuelto. Hasta ahora nunca se habían parado todas a la vez, ni siquiera dos al mismo tiempo. De ahí, quizá, el embeleso del neurótico.

—Pero, ¿tú sabes cuál es la probabilidad de que dejen de funcionar las cuatro en la misma hora de trabajo? —no era humano el que hablaba—.

—Si me dejas dos minutos, sí.

Me acerqué al despacho y tomé prestada la calculadora del encargado que, en ese momento, debía de estar al borde del infarto.

—Una entre más de seis billones —le anuncié—. Es decir, este accidente cabe esperararlo una vez cada siete millones de siglos. Ya te he dicho que hoy estábamos de suerte.

—¡Exacto! ¡Exacto! —ahora mi interlocutor era un poseído—.

Aquí empezaba el principio del fin. De mi fin.

En menos de media hora ya funcionaban la UNO y la TRES. Fugaz felicidad. Efímera por definición. Pensar que pueda durar es optimismo, el optimismo es falta de información.

Media hora fue tiempo suficiente para sentir el abismo insensato de su mirada, su gesto extraviado, sus manos temblorosas, sus sobacos catigudos. Treinta minutos para conocer al loco Vicent. Hacía tiempo que se me había olvidado compadecer a la gente, así que me limité únicamente a observarlo. Él, mientras, me declaró su interés —obsesión— por cualquier fenómeno de carácter aleatorio —más tarde intentaría convencerme de que todos lo eran—; su exhaustivo conocimiento de los clásicos de la probabilidad. No obstante, su libro de cabecera era una autobiografía, la del médico y gran matemático italiano del siglo XVI, Cardano, un desgraciado que se empecinaba en arruinarse continuamente, aun a sabiendas de la inexorable ley de los grandes números.

Para mi desgracia yo también había leído el diario del ludópata Girolamo Cardano. Se lo dije. Error. Fue entonces cuando el demente empezó a considerarme como una alma gemela. Un iluminado encuentra a otro bendecido: el principio de un gran amor. Me hizo contarle que había cursado dos años de Estadística en la Facultad de Granada pero lo dejé porque, a causa de la muerte de mi padre, tenía que mantener a mi madre y hermanos. Ahora ya había desestimado la vuelta al estudio.

Me esperó a la salida. Mientras aguardábamos juntos la llegada del tren de cercanías que nos devolvería a nuestras respectivas sábanas arrugadas, yo me defendía argumentando que las seis de la mañana no eran horas para litigar el teorema de Bayes. Obcecado, obviaba mi esquivar y me atacaba con la paradoja de San Petersburgo.

Me dirigí a mi asiento habitual y pegué, como todos los días, como todos los amaneceres, mi cara al cristal de la ventanilla; el cuerpo rendido, como el alma, como los ojos, acertando siempre el punto del primer destello de sol. Pero el tipo se sentó a mi lado. Insistía. Pude haberme levantado de mi asiento y largarme a otro vagón. Pude haberlo dejado plantado con su regla de Laplace y con el imposible periodo del número pi; abandonarlo desamparado en plena menstruación de conjeturas, paradojas, posibilidades y falacias; irme sin más. Irme a otro vagón, para no oírlo.

No lo hice. Fatalmente preferí el discurso acelerado del desconocido al monótono sonido del traqueteo cotidiano, dos veces al día, seis veces por semana, treinta y nueve semanas al año, últimamente invadido de fantasmas negros hablándome pausadamente en un árabe incomprendible mientras la misma mujer morena me sonreía siempre la misma despedida y me daba la espalda sin remedio. Mi novia Consuelo se fue con un negro africano catedrático de Filología Árabe y yo llevaba más de un año sin dormir más de una hora seguida, llorando sin Consuelo.

Por eso dejé al charlatán que me bombardeara con sus aporías el viaje de vuelta y respondí a su despedida, una parada antes de la mía, levantando la cabeza y devolviéndole un “hasta mañana”.

Para olvidar a Consuelo no me opuse, la noche siguiente, a la compañía de Vicent, excitado por haber encontrado a alguien que no le huyera.

Desde el abandono de Consu, yo me abandoné. Basaba mi felicidad en estar triste. Era triste con el papel cíclico, con mi amable máquina de ajedrez; triste tocando el clarinete, triste con la almohada entre las piernas.

Desde entonces, el trabajo en la papelería era para mí un sedante, un reducto de olvido del tiempo con Consu.

Cada noche, sobre las diez, esperaba la liturgia en la que metía la tarjeta en la máquina fichadora.

Los viajes en tren suponían un tránsito entre la realidad áspera y el ruidoso universo de las máquinas laminadoras de papel.

No eran los mismos los viajes de ida a la papelerera que los de vuelta a casa. En la ida, protegido por la simetría de los asientos del vagón y la luz aséptica de los fluorescentes, me atrevía a espiar a Elvira Dumpis, una administrativa de la papelerera que siempre montaba en mi vagón y se sentaba en la fila de delante. Yo me dedicaba a espiar su perfil reflejado en el rectángulo negro de la ventanilla, me aprendía su perfume y fantaseaba con ella. Sonriente, a la vuelta del trabajo, me invitaba a desayunar en su casa. Me abría su puerta, sus sábanas, su camisón, su vida. Yo anagramizaba el nombre de mi nuevo amor definitivo, ELVIRA DUMPIS, MI DURA PELVIS. Pero de ese anagrama, inevitablemente, pasaba a otro, mi mente perjudicada se enroscaba en CONSUELO DUEÑE-CULO DE ENSUEÑO, se aceleraba al monovocálico SIN TI NI VI MI FIN, o, incluso, derivaba a palíndromos obscenos, ¡AY ALÁ! MAMEM, ÁTAME, MÁMALA YA.

Por aquel entonces, mi existencia se repartía entre el limbo de la papelerera y el infierno de lo demás. El viaje en tren significaba tránsito doloroso: agobiante el de ida, deprimente el de vuelta. La compañía de Vicent y sus locuras suavizaba el paso de un ámbito a otro.

Por eso permití que Vicent invadiera mi espacio. Que llegase incluso a saturarme en cada viaje. No lo evitaba. Cada noche una conjetura; una paradoja cada amanecer. Vicent era un pozo remoto; oscuro y agitado. Él, como yo, casi no dormía. Soñaba dados formidables, imprevisibles ruletas, electrones errantes, gatos gödelianos, infinitos fractales. Cada cual sueña sus propias obsesiones, lo que sienten o quiere o imagina: lo que lo define.

Con tristeza soportaba a Vicent y me empleaba a fondo en sus provocativos laberintos probabilísticos que me enunciaba, didáctico, cada viaje.

Ya no me sentía abrumado. Tristemente entretenido.

II

Dos moscas fornican apasionadas en una playa de Namibia y su afán puede originar un maremoto en San Feliu de Guixols.

De todas las observaciones de Vicent, la más banal, la más trivial, provocó, a la postre, mi destrucción. La pregunta inocua “¿cada cuánto ves tres cifras repetidas en la matrícula de un coche?” me sorprendió por vulgar. “Ya lo sabes, una de cada veinticinco, más o menos. ¿Por qué lo preguntas?”. “Porque llevo días contabilizando dos de cada veintinueve”.

Sonreí. Nunca había captado ningún tipo de sentido del humor en mi compañero paranoico.

—Piénsalo —me sonrió cuando se levantó del asiento para apearse en su estación—.

Encima de la puerta, en el panel digital del vagón, podía leerse la temperatura, 6º, y la hora, 6:36. Señalando las lucecitas en las que la cifra 6 se repetía tres veces, Vicent se volvió a mi asiento y buscó mi asombro no disimulado.

III

La broma (o la coincidencia) me alegró el día, pero, desde entonces, no he podido evitar ninguna matrícula. Mi vida viró hacia una única obsesión. Quedé atónito cuando, en la primera tanda de veintinueve matrículas, dos y solo

dos repetían tres veces una cifra. Busqué más coches para salir del asombro. Otro ciclo de veintinueve y otro y otro en los que solo dos números presentaban repetida una cifra tres veces. Un día, una semana. Aquel infierno continuaba, incesante, invariable, inexorable. Esa frecuencia implacable me persigue.

Antes de la pesadilla de las matrículas, solía pasear hasta la extenuación: ajeno a coches y matrículas, caminaba veloz y anumérico, tristemente entretenido con los maniquís de los escaparates, la geometría de los andamios o las formas caprichosas de las nubes. Ahora, pasear era un delirio, un infierno. No podía evitar leer la primera matrícula y, como un alcohólico tras la primera copa, me resultaba imposible obviar las siguientes. Chocaba con las farolas y los árboles de las aceras, como un patético rompetechos. Un día me torcí un tobillo en un bordillo tras el frenazo de un camión con tres cincos en su matrícula. Decliné la baja que me impuso el médico para poder seguir refugiándome en la papelera, ya no tanto del recuerdo de Consu cuanto de la obsesión por las matrículas.

IV

El martes del accidente llovía. De veintiocho vehículos solo uno triplicaba la cifra. Buscaba excitado la matrícula bondadosa que me devolviera a mi tristeza entretenida. Un coche negro se saltó, vertiginoso, un semáforo. Pude leer, a pesar de la lluvia: 0-0000-0. Quedé atónito y una sonrisa malévola de Vicent invadió mi mente. Me quedé anclado en medio de la calzada. Pude oír el frenazo del coche que me partió la espalda.

Sé que no andaré jamás.

Hoy he tenido visita. Vicent y Elvira Dumpis, la administrativa nocturna que nunca llegó a invitarme a desayunar,

cogidos de la mano. Él sin manchas en la chaqueta; sonrisa blanca, zapatos nuevos, sobacos limpios. Ella vestía una blusa blanca muy escotada. Parecía un camión.

Venían a despedirse. Marchaban de vacaciones por Europa. Un mes. Con InterRail. Vicent ha comentado “ya era hora” y a mí me ha parecido que miraba lascivo hacia el pubis de Elvira, dura pelvis que ya nunca será mía.

Antes de irse, Vicent ha ido al coche a buscar una caja grande llena de libros de probabilidad. “Tómalos, yo ya no los necesito”. Mientras lo decía, he presentido que aquello no era un regalo. Era un maleficio.

Ya solo, he vuelto a la ventana a contar coches y números. Veintisiete y todavía ninguno. Se acerca un taxi, 8788-BFC.